

JOYA DOCUMENTAL

EL ÁLBUM DE FIGUEROA SE EXHIBE EN EL ARCHIVO NACIONAL

Mauricio Meléndez Obando

Una de las joyas documentales más preciadas de los costarricenses recibió atención médica adecuada y permaneció en cuidados intensivos durante más de un lustro para recuperarse de las huellas del tiempo y de las múltiples agresiones de inescrupulosos.

El Álbum de Figueroa, obra de José María Figueroa Oreamuno (1820-1900), fue restaurado por completo y será exhibido en el Archivo Nacional a partir del próximo 23 de julio, bajo el auspicio de esta institución, del Ministerio de Cultura y del Banco Cuscatlán.

José María Figueroa, hombre polifacético y controversial que escribió en el siglo XIX lo que él mismo tituló “Libro de apuntamientos”, plasmó en dos tomos las historias que vivió, le contaron o leyó en cientos de documentos.

Esta obra nos transporta de la época colonial al período republicano mediante descripciones, recortes de periódico, fotografías, decenas de dibujos, mapas y árboles genealógicos, y nos muestra una Costa Rica inédita que pone en entredicho los mitos nacionales.

Viajero incansable, Figueroa salió del país en 1838; anticarrillista consumado, participó en diversas actividades junto a Morazán, aunque se ha dicho que luego intentó rebelarse contra él y se salvó de la muerte debido a los acontecimientos de setiembre de 1842, cuando fusilaron a Morazán.

De sus vivencias y viajes dentro y fuera del país, Figueroa produjo estacolosal obra que, cual manuscrito medieval, muestra a los costarricenses la vida cotidiana de sus antepasados.

En el recorrido se tropieza, el lector, con entierros, procesiones, casonas, conventos, iglesias, personajes extraños y un sinnúmero de mapas antiguos y “nuevos”, con senderos perdidos y trazos inconfundibles del autor.

Custodia y restauración

El Álbum de Figueroa fue comprado por el Estado costarricense en noviembre de 1900 a una sobrina del autor, Gertrudis Gutiérrez de Truque, en ₡9.000 a pagos, según acuerdo del presidente Rafael Yglesias Castro.

En abril de 1903, los dos tomos fueron entregados por Francisco María Yglesias, secretario de Gobernación, al Archivo Nacional. Posteriormente, la obra salió de este archivo durante la gestión de su director Ricardo Fernández Guardia (1928-1940) y pasó a la Biblioteca Nacional, donde permaneció hasta 1995, cuando una polémica sobre su custodia involucró a las dos instituciones y a otras organizaciones (la Asociación de Genealogía e Historia de Costa Rica, entre ellas) que abogaban porque el documento fuera devuelto al Archivo Nacional.

Este patrimonio de todos los costarricenses regresó a su custodio original y fue enviado a principios de 1995 al Centro de Restauración de Bienes Culturales de Madrid, España, con Carlos Pacheco Ureña, restaurador del Archivo, quien recibió capacitación en dicho centro.

Seis meses después Pacheco retornó con el manuscrito, para terminar su restauración en el país, la que concluyó este año.

El restaurador Esteban Cabezas Bolaños, quien junto a Pacheco terminó el trabajo, aseguró que para lograrlo fue necesaria la compra de máquinas especiales, pues el formato del Álbum y las técnicas mixtas empleadas en su elaboración requerían especial cuidado (el documento se compone de 191 folios, cuyo tamaño estándar es de 82,5 x 60 cm, distribuidos originalmente en dos tomos; el primero con 123 folios, y el segundo con 68).

De acuerdo con Cabezas, se restauró casi totalmente en el país pues en España solo se reparó una decena de folios.

El genealogista

Con la recopilación de la historia oral familiar, que plasmó en los alambicados árboles genealógicos, don José María se convirtió en el precursor de la genealogía en Costa Rica.

Para hacer su trabajo, recurrió a las entrevistas -principalmente- y a la consulta de documentos. Aunque se ha dicho que escribió de forma exclusiva acerca de las familias de “abolengo”, esta afirmación no es exacta pues entre sus árboles genealógicos se encuentran algunas familias que no pertenecían a la élite.

Se incluyen familias de Cartago (la mayoría), de San José, Heredia y Alajuela y también la descendencia de algunos inmigrantes “recientes” -por lo menos lo eran cuando escribió su obra-.

Asimismo, brinda algunos datos sobre personas que llamaron su atención, por ejemplo dice del cura José Nicolás Bonilla: “El mejor cantor de aquellos tiempos”; de Nicolás Barquero Quirós: “Modelo de la caridad cristiana”; de José Zumbado: “sordo que vive en el camino de San Carlos”; y de Francisco Roldán: “Fusilado el año de 35 por el jefe Braulio Carrillo”.

Revela también relaciones amorosas de algunos curas que dejaron abundante descendencia, o las de algún sastrecillo travieso...Por ejemplo, habla de fray Jacinto Maestre y su “querida”, Dolores Poveda, cuya historia cuenta más adelante.

Así, pese a algunas inexactitudes, su obra genealógica es fundamental para entender la historia familiar costarricense de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Queda pendiente realizar una nueva microfilmación de buena calidad y la posibilidad de hacer una edición facsimilar del Álbum, aunque sea parcial; sin embargo, por el momento, podemos disfrutar de una exposición que dará una idea bastante exacta de los tesoros que Figueroa legó.

Figueroa en breve

José María Figueroa Oreamuno nació en la ciudad de Alajuela, en 1820. Hijo de don Antonio Figueroa Álvarez (comerciante natural de las islas Canarias, España, quien arribó a Costa Rica en 1806) y doña Ramona Oreamuno Jiménez (de una de las más poderosas familias de la Vieja Metrópoli).

Como casi todos los miembros de la élite, empezó sus estudios formales en el país, pero no los concluyó pues salió de Costa Rica en 1838 rumbo a El Salvador. Viajó por toda Centroamérica.

En 1843 fue enjuiciado por vagancia y por recurrir a la “pornografía” en sus dibujos -aseguraban los acusadores-.

Al entrar a la edad madura empezó su obra monumental, producto de sus investigaciones y experiencias (se cree que elaboró el Álbum en los últimos 40 años de su vida). También levantó una carta geográfica de Costa Rica, resultado de su trabajo perseverante de cuatro décadas, durante los cuales viajó por las montañas, atravesó caudalosos ríos y se expuso a las inclemencias de la naturaleza.

Nunca casó, pero fue padre de una hija: Herminia Figueroa Arlegui, nacida en 1880. En los últimos años de su vida residió en el distrito de El Carmen, de la capital, donde murió a consecuencia de una afección cardíaca la noche del 18 de agosto de 1900.